

Alberto Torres Blandina

mapa desplegable del laberinto

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

a mi querida E  
(siento no haber sabido arrancarme los ojos)

«...en Babilonia me quisiste perder en un laberinto de bronce con muchas escaleras, puertas y muros; ahora el Poderoso ha tenido a bien que te muestre el mío, donde no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que te veden el paso.»

Luego le desató las ligaduras y lo abandonó en mitad del desierto, donde murió de hambre y de sed.

J. L. Borges, «Los dos reyes  
y los dos laberintos», *El Aleph*

[1]

**catálogo ilustrado de coños y corazones  
(jaime)**

La memoria no guarda películas, guarda fotografías.

Milan Kundera

Se conocieron de forma casual. A principios de los noventa. Él era punk y ella trabajaba en una tienda de mascotas.

–Estoy buscando un collar de perro.

–¿Para qué tipo de perro?

–No es para ningún perro. Es para mí.

Ella sonrió. Acercó sus ojos miopes al cuello del cliente y cuando estuvo segura del diámetro asintió.

–Ajá. Un segundo, por favor.

Le sacó algunos collares. También un espejo para que viera cómo le quedaban. Finalmente le ayudó a elegir uno.

Que se lo podía montar con ella lo supo el punk por el descuento. Nadie hace un descuento tan grande a un desconocido. Lo adivinó por algo tan simple y encontró de esa forma el valor para invitarla a un concierto esa misma noche.

–Tocan unos amigos. No son muy buenos, pero si te apetece venir...

Ella le dijo que sí antes de que terminara la frase.

Acabaron haciéndolo en el baño de un pub de mala muerte. Lo siento, se disculpó él cuando quedaron

abrazados contra la pila del lavabo. Había imaginado un lugar más bonito, pero pudo más el calentón que el romanticismo y por eso acabaron en el baño, totalmente borrachos, haciéndolo con la minifalda por faja y una pernera sí y la otra no. Aunque a favor del romanticismo debo decir que esa noche durmieron juntos en el apartamento del punk. Y abrazados. Casi todos los días desde aquel día. No sé muy bien qué será de ellos ahora, si tendrán niños o perros o ya se habrán separado. Hace dieciséis años de esta historia. Me la contaron sus protagonistas cuando vinieron a recoger las fotos a mi tienda.

Dieciséis años, joder, cómo pasa el tiempo.

Era mi primera semana vendiendo álbumes, haciendo fotos de carné –Sonría, por favor– y manejando la máquina de revelados. La semana 1 de aproximadamente 780 semanas. Todas iguales. ¿Imaginaba ese Jaime más joven que cada palabra, cada gesto, cada acto que iba a hacer esas primeras horas se multiplicaría hasta el infinito? ¿Que estaba condenado a repetir hasta los más mínimos detalles: la inflexión de la voz al dar los buenos días al primer cliente de la mañana o la forma de colocar el cambio en la caja registradora? En realidad no. En ese momento solo pensaba que por fin estaba tomando las riendas de mi vida, eligiendo mi destino al montar un negocio propio. Ni siquiera sospechaba que las elecciones nos van enclaustrando en una cárcel de rutinas y coherencias, hasta que acabamos encerrados en nuestra propia definición. Un lugar minúsculo donde siempre falta el aire pero que nunca acaba de asfixiarnos, que nos adormece pero no nos mata.

Dieciséis años. Se dice pronto.

Ellos fueron los primeros clientes a los que vi desnudos. El punk y la chica de la tienda de animales. Por eso los recuerdo. Por eso y por su curiosa historia de amor. Pero más por lo primero. Luego te acostumbras: a recibir a los clientes con una sonrisa, como si no te hubieses masturbado la noche anterior con sus fotos de sexo amateur. Pero la primera vez fue bastante violenta. Enrojecí cuando abrieron la puerta de la tienda y entraron juntos a recoger su carrito. Me fue difícil tratarlos con naturalidad habiéndolos visto desnudos en diferentes posturas sexuales. Pensé que me lo notarían en la cara. Obviamente no me lo notaron. Charlamos un largo rato. Sin saber muy bien cómo, llegó la historia del collar de perro. Eran francamente simpáticos. Les regalé un álbum. Al final se fueron y yo no pude evitar la tentación de correr al cuarto trasero, donde había guardado una copia de sus fotos: ella arrodillada chupándosela, ella tumbada en la cama con las piernas abiertas, un primer plano de sus sexos follando, etc.

Con el tiempo he visto las mismas fotografías calçadas una y otra vez. Copias perfectas de un único patrón. A nuestro alrededor siempre copias. ¿Y si solo hubiese un centenar de momentos reales, de hechos verdaderos, de palabras significativas, y el resto no fuesen más que imitaciones? El mundo como repetición, como falsificación, como laberinto de espejos.

Aparentemente complejo y profundo.

En el fondo tan simple que no somos capaces de aceptarlo.

He visto las mismas fotos de cientos de desconoci-

dos. Diferentes cuerpos / iguales posturas. No tenemos imaginación ni para el sexo. Hay más de cincuenta álbumes para demostrarlo. En mi trastienda, en un armario cerrado con llave.

Las fotos del punk y la chica de la tienda de animales son las primeras de mi colección privada. Las titulé así: *El punk y la chica de la tienda de animales*, en un alarde de originalidad. La calidad de los colores era bastante mala. Los colores han cambiado en estos dieciséis años. También los coños. Los coños, al igual que las bragas –lógicamente–, se han ido haciendo pequeños, por decirlo de alguna forma. En la primera foto de mi colección se ve a la chica de la tienda de mascotas tumbada en la cama, con las piernas abiertas y una mirada lasciva a cámara. Enternecedora, como lo son siempre las tentativas de mirada viciosa de las mujeres no profesionales que se enfrentan a un objetivo, entre avergonzadas y excitadas, imitando ciertas muecas vistas a las actrices de las películas porno.

Con muy poco éxito casi siempre.

El sexo de la chica de la tienda de mascotas era negro y frondoso. Trepaba por su vientre y sus ingles como una oscura enredadera. La última foto que copié para mi álbum es de hace una semana. La titulé *Niña 46*. En ella se ve a una adolescente de unos quince o dieciséis años. La elegí de entre doce fotos hechas con temporizador delante del espejo, casi idénticas las doce. Senos pequeños, mirada tímida y el destello del flash reflejado en el cristal, estropeando la imagen. Coño rasurado al cero. Del vello natural a la ausencia de vello. Y entre ambos coños, dieciséis años de fotos. Un ma-

terial perfecto para un estudio sociológico. Para una posible tesis doctoral que nadie hará nunca.

En todo este tiempo, y por extraño que parezca, he acabado viendo sin ropa a casi todo el barrio. Me faltan algunos viejos y algunos sosos, pero tampoco sé si querría ver sus fotos. Si no fuese porque soy absolutamente discreto, mi día a día podría ser así.

—Hola, frutera. Ya me he enterado de tu nuevo piercing. Es muy sexy.

—¿Qué tal le va, señor Velázquez? ¿No cree que están un poco mayores para usar tantos juguetitos?

—¿Cómo te va, Teresa? Aquí tienes las fotos del cumpleaños de tu sobrino... y permíteme que te dé un consejo: no dejes la cortina de tu cuarto entreabierto cuando te cambies de ropa. Un perverso de la finca de enfrente ha comprado un objetivo superzoom solo para poder cazarte desnuda...

Hace un par de años, un vecino tomó la costumbre de traerme, cada lunes sin falta, un carrete para revelar. Yo al viejo lo conocía de encontrármelo en el supermercado de la calle Alboraya y de haber revelado las fotos de la boda de sus hijos y algunas otras de viajes por España con su mujer. Pero estas eran muy distintas. Desnudo en la austeridad de su habitación. Una habitación que, sin haber estado nunca en ella, puedo asegurar que olía a rancio: cama de matrimonio con colcha amarillenta de punto, armario de madera oscura pasado de moda, crucifijo sobre la cabecera, fotos antiguas en la mesita de noche y en el centro del cuarto un viejo completamente desnudo mirando a cámara con una expresión difícil de desentrañar. Pero más parecida a la tristeza que a cualquier otra emoción que quisie-

se fingir. Fotos patéticas en las que intentaba sin éxito parecer atractivo, a pesar de sus años y de su piel cuarteada y amarillenta, como de pollo desplumado. Cada lunes durante dos meses me trajo un nuevo carrete. Y yo le entregaba dos días después las fotos, con una sonrisa, preguntándole por sus hijos, como si no hubiese visto lo que contenía el sobre cerrado que le daba junto a un VALE PARA UNA AMPLIACIÓN. No entendí a aquel viejo hasta que un día al recoger las copias me insinuó que aquellas fotos eran por mí. Hice como que no había entendido el doble sentido de sus siguientes palabras: una rebuscada invitación para vernos a solas en una sauna llamada Espartaco. Me hice el tonto, sonreí y le devolví el cambio sin mirarle a los ojos. Unos ojos que probablemente eran de súplica.

No sé qué pensar. Un último intento desesperado de aquel infeliz por escapar de una vida que jamás debió ser la suya, digo yo. Una vida tejida con pequeñas mentiras, pequeñas cesiones, pequeños desvíos que al final no eran tan pequeños. Que le llevaron quién sabe a qué lugar desconocido, a qué hombre desconocido que ni siquiera reconocía al encontrarse con su cara en el carné.

Un completo extraño con su nombre, su fecha de nacimiento, sus canas y una mirada resignada que no identificaba como suya.

O tal vez era cliente habitual de Espartaco y solo buscaba un nuevo ligue, aunque lo dudo mucho por el temblor de su voz y de sus manos al recoger las fotos.

Desde entonces me pregunto cuántas de las fotografías que revelo van intencionadamente destinadas a mí. Puede parecer una pregunta estúpida, totalmente egocéntrica. Pero no lo es. No señor, no lo es.

También me pregunto por qué pensó que yo era homosexual. Y por qué, suponiendo que lo fuera, supuso que iba a sentirme atraído por alguien treinta años mayor que yo. Hay algo en el pensamiento humano que se me escapa. Una lógica absolutamente descabellada rige nuestros cerebros.

No es la primera vez que un hombre se me insinúa. Recuerdo que hace unos días, sin ir más lejos, uno de los marroquíes que venden chocolate en la plaza del Carmen me guiñó el ojo y me lanzó un beso. Estuve durante todo el camino a casa observándome de reojo en el cristal de los escaparates, intentando encontrar qué había visto en mí para pensar que podía estar interesado en los hombres.

No lo encontré.

A lo mejor lanza besos a todos los que pasan. A lo mejor en su cultura significa cualquier otra cosa. He oído decir que en los países árabes los hombres son mucho más cariñosos entre ellos que los europeos. Que se cogen de la mano, se acarician y se besan sin que nadie se escandalice.

Sea como sea, si de algo estoy seguro, es de que me gustan las mujeres. Pienso en besar a un hombre y se me revuelven las tripas.

Me acabo de acordar de una cosa. No sé si debería contarla después de una frase tajante como la anterior: Si de algo estoy seguro, es de que me gustan las mujeres. A mucha gente le gusta buscar contradicciones. Lo hacen para señalarte con el dedo. Mirad ese de ahí, ayer dijo azul y hoy dice rojo. Como si la contradicción fuera mala, cuando lo verdaderamente malo es la cohe-

rencia, que nos precipita, que nos congela en gestos del pasado, a veces superados, absolutamente ajenos.

Estoy seguro de mi heterosexualidad. Pero ahí va mi historia:

Tendría once, doce o trece años. Todavía iba al colegio, aunque no recuerdo a qué curso exactamente. Un compañero de clase, mientras nos fumábamos un cigarro a escondidas en una casa abandonada de Benimaclet, me pidió que nos masturbásemos el uno al otro. Éramos unos niños. La semana anterior habíamos participado juntos en una masturbación en grupo. La primera y última a la que yo asistí. Allí mismo, con otros chiquillos del barrio. Llenos de curiosidad y excitación por compartir algo secreto y prohibido. Algo de lo que no podíamos hablar con los adultos y que nos obligaba a escondernos.

Algunos ya nos habíamos visto desnudos en las duchas del colegio, pero no era eso lo que nos interesaba. Una polla flácida es solo un instrumento para mear. Queríamos verlas en erección, comparar la nuestra con la de los demás. Compartir el recién descubierto placer con otros pecadores. ¿Qué otra palabra podía venirme a la mente en aquellos años en que todos los domingos me llevaban a misa? Los padres y los maestros nos hablaban de que «tocarse» podía producir ceguera, como si fuese un castigo bíblico. Mi abuelo golpeaba la puerta del baño cuando observaba que llevaba demasiado rato dentro y me ordenaba con voz seria que saliera ya o que, si iba a tardar, diera palmas. Al principio ni siquiera sabía por qué me lo decía. Era demasiado pequeño y daba palmas, divertido por lo extraño de la situación.

–Seguro que es mucho mejor que te la hagan –dijo mi amigo de repente, dando una calada larga.

—¿El qué?

—La paja.

Me quedé en silencio, esperando el cigarro. Fui consciente de que sus palabras probablemente escondían una invitación. Es más, me di perfecta cuenta de que habíamos andado durante varios minutos para llegar hasta aquella casa abandonada cuando podíamos habernos fumado el cigarro en cualquier lugar. Entre los árboles de Viveros o en el banco escondido del parquecito que hay al lado de casa de mis padres. Y sin embargo habíamos caminado hasta otro barrio y nos habíamos sentado en el suelo de la misma habitación donde la semana anterior había tenido lugar una extraña ceremonia de sexo compartido, entre esos mismos niños que se saludaban los domingos en la puerta de la iglesia de las Carmelitas. Quizás, inconscientemente, estábamos buscando ambos aquello que mi amigo no se atrevía a proponerme directamente.

Me pasó el cigarro en silencio. Aspiré, esperando a que se decidiera a verbalizarlo y me dijera de una vez lo que le pasaba por la cabeza. Excitado.

Al final lo hizo.

—A lo mejor un día nos la podemos hacer el uno al otro. Para ver cómo es.

—Yo paso. Prefiero que me lo haga una chica.

Como si eso, a nuestra edad, fuera posible. La conversación quedó ahí. Cuando el cigarro se acabó salimos y volvimos al barrio. En unos minutos todo estaba olvidado. No creo que mi amigo fuera homosexual. No es garantía de nada, pero está casado con su novia de toda la vida y tiene dos hijos. Cuando lo veo no parece infeliz.

Tampoco yo me sentía atraído por los hombres y, sin

embargo, deseaba con todas mis fuerzas que me pidiera aquello. Que insistiera un poco para decirle que sí casi obligado, sin sentirme culpable, como hacen tan habitualmente las mujeres.

Éramos solo niños explorando, como tantos otros que vienen a la tienda con carretes de acampadas en los que se ven botellas de alcohol y horribles culos blancos. El hombre no es una excepción dentro del mundo animal: al llegar a la edad adulta, debe exhibir sus atributos ante el resto de los machos de la manada. Como no tiene cuernos ni plumas hace calvos delante de una cámara fotográfica.

Cuesta creer la cantidad de cosas extrañas que uno ve trabajando en un lugar como este y la rapidez con la que uno se acostumbra a ellas y las convierte en normalidad. Cosas sobre todo sexuales, de las que nunca se habla pero que, por lo que parece, nadie se libra de practicar. Lo extraño siempre tiene que ver con el sexo o con la muerte, con aquello que no se puede hacer o revelar públicamente. Por suerte, salvo algún que otro desequilibrado que me trae carretes con animales muertos –gatos atropellados, golondrinas recién nacidas que han caído del nido, cadáveres de perros infestados de larvas y gusanos–, la muerte suele ser un tema absolutamente privado. A ningún asesino se le ocurriría presentarse en una tienda de fotos con un carrete donde se mostrara a sus víctimas estranguladas o rajadas de arriba abajo. Al menos eso espero. Sin embargo, a la mayoría de los hombres no les importa traerme fotos de sus polvos.

Realmente, si lo pensamos un poco, suceden cosas increíbles en cualquier profesión, no solo en la mía. Increíbles desde fuera y absolutamente cotidianas desde dentro. Tengo un amigo taxista que nos ha contado decenas de historias ocurridas durante el turno de noche. Dice que los clientes no pagan por ser transportados, sino que pagan un alquiler del interior del taxi durante el tiempo que dura el trayecto. Por eso se comportan en él como si fuera su casa: se hacen rayas, se pinchan heroína, lloran, se insultan, se golpean, follan. Dice que la cantidad de felaciones realizadas ante sus ojos en el asiento trasero es tan grande que ha puesto una funda lavable que mete en la lavadora una vez por semana.

Maribel trabaja atendiendo el teléfono de emergencias, el 112. Maribel es mi mujer. Sus historias también cruzan a menudo el límite de la verosimilitud. Gran parte de las llamadas que recibe son de niños que gritan al móvil sus primeros insultos u obscenidades, como si se tratara de un extraño rito de iniciación al mundo; o llamadas avisando de peleas, accidentes de tráfico, ancianos que han resbalado, etc. Pero de tanto en tanto cuenta cosas que ponen los pelos de punta: una pareja de adolescentes que mató a su hija con síndrome de Down; voces de mujeres que susurran nerviosas hasta que una voz masculina truena por el fondo y la llamada se cuelga repentinamente; suicidas que necesitan hablar con alguien antes de dar el gran paso (y que no se han planteado lo que luego le costará dormir a ese alguien) o jóvenes que despiertan en extraños lugares, con marcas de haber sido violadas, y no recuerdan absolutamente nada de la noche anterior, como si la hubiesen borrado de su cabeza. Una vez llamó una loca diciendo que tenía miedo porque había alguien en su casa. Tras mucho inte-

rrogarla Maribel averiguó que la intrusa era una mujer.

–La he visto reflejada en el espejo –dijo la desconocida.

–¿No serás tú?

–Eso es imposible. Yo soy un vampiro.

No hubo risas, así que probablemente creía ser un vampiro.

Cuando Maribel me lo contó no la creí.

–Estás mintiendo.

–No, te lo juro. El mundo está lleno de colgados. Algunas de las llamadas que recibo son totalmente surrealistas. Sobre todo en primavera y en otoño. Las cabezas se trastornan. Los esquizofrénicos llaman asustados porque oyen voces extrañas y los pervertidos para gemir al auricular y decir lo dura que la tienen. Supongo que sale más barato llamar al teléfono de emergencias que a un teléfono erótico.

Pensé que sería divertido: llamar un día a mi mujer a su teléfono móvil y pedirle que me dijera guarradas mientras me masturbo.

No se lo dije.

No sé si temiendo que me dijera que no o temiendo que aceptara el juego. Creo que jamás me ha dicho que no a nada. Lo que pasa es que hace bastante tiempo que perdí el interés por pedirle cosas. El sexo entre nosotros se reduce a abrazarla por detrás en la cama y acabar haciéndolo en esa misma posición. Una vez al mes como mucho, aunque suene patético. Cuando nos conocimos no podía creer la suerte que tenía. Tras haber salido con varias mujeres estrechas y llenas de tabús sexuales, de pronto encontraba a una persona que vivía el sexo con absoluta normalidad. Que se permitía disfrutar y experimentar con su cuerpo.

Fue entonces cuando descubrí que muchas de las limitaciones no eran de ellas, sino mías.

Recordando a mi esposa –sobre todo a aquella esposa más joven que venía gateando hacia mí por el sofá imitando el sonido de un tigre hambriento– me pregunto qué tiene ella, la chica por la que estoy en este momento congelándome de frío en la plaza del Ayuntamiento, que no tenga Maribel. Supongo que nada, que después de diecisiete años casados es suficiente con el hecho de que no sea Maribel.

No sé ni siquiera su nombre, cosa que aumenta el absurdo de la situación en la que me encuentro. La llamo *la chica del andén* porque una vez me la encontré en el andén del metro. Siempre tan imaginativo yo. Está a solo unos metros de mí y no sabe que existo. La puedo ver a través del cristal sucio de la cafetería, en una de las mesas, sola, tomando un café y hojeando el periódico. Estoy temblando. Es lo que tiene febrero, y más en esta ciudad donde el frío cala en los huesos. Donde no importa cuánta ropa te pongas, pues el frío siempre acaba empapándote. ¿No es una razón suficiente para entrar a la cafetería: no congelarme aquí afuera? Y sin embargo no me atrevo, porque me parece que todos notarán que mis intenciones no son pedirme un cortado y entrar en calor.

Pensarán que entro por ella. Se girarán y sus ojos me señalarán: Ey, tío, no nos engañas...

Tiemblo y me castañetean los dientes. Aunque tal vez si penetro en la cafetería y me acerco a ella tiemble todavía más. Quizás no sea el frío, quién sabe. Nunca he sido demasiado desenvuelto para tratar con las mujeres, para qué engañarnos. Yo era el que siempre observaba

desde la barra sin atreverse a acercarse a las chicas, dilata-  
ndo el momento de lanzarme hasta que se hacía tarde  
y desaparecían, a veces solas. A veces con alguien más  
rápido y seductor.

Con mi primo Pedrito, por ejemplo, a quien yo en-  
vidiaba con una mezcla de admiración y resentimiento.  
Porque aparecía en las comidas familiares del chalé de  
mis abuelos con chicas guapísimas, cada mes distintas.  
Chicas con las que yo, a mis trece años, solo podía soñar.

O con Alberto.

Lo que sé de la chica del andén es por los negativos  
que Alberto traía a la tienda. Nunca hemos hablado ni  
hemos compartido un espacio pequeño. Y sin embargo  
he pensado tanto en ella que siento que nos conocemos  
desde siempre.

Sé, por ejemplo, que se muerde los carrillos cuando  
posa delante del objetivo, que al sonreír muestra una  
dentadura perfecta y que le gusta Italia.

Para mí es suficiente con eso.

Entraré y me acercaré. Hoy no puedo echarme atrás  
como la última vez. Me he prometido no volver a casa  
sin intentar conocerla.

(¿Qué te ocurre, Jaime, por qué entonces tus piernas  
no se mueven?)